

Cita sugerida para esta ponencia

Planas, J. y Dorta, A. (2017). Historia de las bibliotecas e historia del campo bibliotecario en la Argentina (1870-1910). Aspectos metodológicos y conceptuales. Trabajo presentado en *V Jornadas de Intercambio y Reflexión Acerca de la Investigación en Bibliotecología*. Departamento de Bibliotecología. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación UNLP, La plata. Recuperado de

Historia de las bibliotecas e historia del campo bibliotecario en la Argentina (1870-1910). Aspectos metodológicos y conceptuales¹

Javier Planas¹ y Ayelén Dorta¹

¹Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas . Argentina, La Plata. e-mail: planasjavier@yahoo.com.ar,

Resumen

La ponencia presenta un primer esquema interpretativo desde el cual explorar la formación inicial del campo bibliotecario argentino, que puede situarse entre el último tercio del siglo XIX y la primera década del siglo XX. A través de un breve recorrido por diferentes indagaciones sobre la historia de las bibliotecas y la historia de la bibliotecología, se detecta que en el proceso bibliotecario de entre siglos tuvo lugar el encuentro de las condiciones ópticas y ontológicas precisas para la emergencia del campo bibliotecario nacional. De un lado, la objetivación del sistema bibliotecario (en el que deben incluirse las bibliotecas públicas o de cultura científica y las bibliotecas populares y obreras) y, del otro, la construcción de un saber socialmente requerido para la organización de las bibliotecas, cimentaron con el transcurso de los años un imaginario social sobre estas agencias y al mismo tiempo les asignaron unas funciones específicas. En un balance general, se destaca la importancia de emprender un proyecto heurístico de mayor envergadura que vuelva sobre los orígenes de nuestras primeras bibliotecas y sobre los primeros conocimientos producidos en torno a ellas, a fin de recuperar el sentido histórico del campo bibliotecológico actual.

Palabras clave

Historia de las Bibliotecas- Historia de la bibliotecología- Campo bibliotecario.

¹ El presente trabajo forma parte del Proyecto de Investigación y Desarrollo H800 — “Entramados de la cultura impresa en Buenos Aires: libros, lectores, bibliotecas (siglos XIX-XX)”, radicado en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y dirigido por la Mg. María Eugenia Costa.

Quisiéramos indicar, en primer lugar, que el presente trabajo es el resultado de diferentes indagaciones sobre la historia de las bibliotecas y la historia de la bibliotecología en la Argentina entre el último tercio del siglo XIX y el Centenario. Con mayor exactitud, se trata de la reunión en un mismo espacio de trabajo de las conclusiones preliminares resultantes del examen de dos series de objetos: de un lado, aquellos elementos vinculados con la objetivación del sistema bibliotecario argentino, tangibles en dos tipos singulares de instituciones: las bibliotecas populares y obreras, y las bibliotecas públicas o de cultura científica; de otro, se disponen los aspectos que, como resultado de esas cristalizaciones, produjeron el primer efecto de biblioteca, es decir: la sumatoria de las condiciones ópticas y ontológicas necesarias para formar un campo. En este caso, la emergencia del campo bibliotecario argentino.

Existe una interrogación inmanente a todo el proceso bibliotecario de entre siglos. Una pregunta que funciona como la doxa que reúne a los fundadores del campo (Bourdieu, 2002), que es propiamente como podemos identificar a sus concurrentes durante este período. La cuestión, sin embargo, no se ubica en una obra, en una institución, en las incipientes técnicas de ordenación, en las zigzagueantes políticas de Estado o en voluntades que el azar reunió junto a la idea todavía inestable de biblioteca. Tampoco es verificable en la yuxtaposición de estas variantes que, por lo demás, cumplen como sus efectos. Se trata de una pregunta que es, esencialmente, un emergente. Su lógica atañe a la producción social de la lectura, a la combinación de los artificios según los cuales existe la necesidad de la lectura, en sus diferentes inscripciones y niveles de jerarquización. Todo lo que es percibido como biblioteca durante el momento instituyente se define en términos procedimentales. Esto significa que aquellos que participaron de la emergencia de este campo, con las perspectivas y las intervenciones antagónicas que esto supone, lo hicieron sobre el acuerdo tácito de hacer la biblioteca en lo social.

1. El proceso histórico

Este hacer la biblioteca en lo social supuso la acumulación de recursos medibles en tiempo y en objetivaciones institucionales necesarias para vivificar en el imaginario social la representación de una biblioteca, esto es: la idea sencilla pero poderosa de la reunión de libros y de la creación elemental de una nueva rutina social. De aquí que el campo bibliotecario, así como también los sucesivos estados verificables en el tiempo

—incluido la formación de la bibliotecología como disciplina—, son el producto singular de la historia de las bibliotecas.

No puede desconocerse, dentro de la tradición decimonónica, el hecho fundamental y perdurable que, en sus consecuencias materiales inmediatas y en sus resonancias simbólicas de largo alcance, significó la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en el contexto de la Revolución de Mayo (Parada, 2009). Por primera vez, en una escala cualitativa desconocida hasta entonces —considerando que el acceso público a las bibliotecas de tradición colonial era verdaderamente escaso—, se puso a disposición de un conjunto de lectores un amplio repertorio de libros que, hasta hacía poco tiempo, estaban en manos privadas. Este fenómeno asoció en un mismo movimiento y de manera novedosa la vinculación entre biblioteca y Estado, por una parte, y biblioteca y sociedad civil, por otra.

El resultado de esa asociación no generó, desde ya, nada parecido a lo que hoy reconocemos como una política de Estado. Por lo demás, el contexto de la guerra de independencia que siguió a 1810 detuvo todos los esfuerzos materiales de legitimación social y simbólicamente concebidos que el primer gobierno patrio, en la figura de Mariano Moreno, había diseñado en términos de dispositivo de instrucción. La limitación territorial y el escaso público lector que hizo uso de esas colecciones y de esas instalaciones no produjo una fuerza de convencimiento social en relación a la biblioteca como necesidad, es decir: como un punto entre los muchos que se requieren para formar la trama de objetivaciones institucionales que habilitan el gobierno de lo social, que habilitan la sociabilidad moderna, que habilitan, en fin, la idea vaga pero imprescindible de que es mejor vivir aquí y no en otra parte. Aún así, la Biblioteca Pública de Buenos Aires logró permanecer como una representación entre las generaciones de letrados que confluieron en lo sucesivo en las disputas políticas por la construcción del Estado nacional.

Paradójicamente, el segundo hito de la historia de las bibliotecas en Argentina se construyó en oposición a la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Se trata de la expansión de las bibliotecas populares a partir de la década de 1870 (Planas, 2017). El contexto es, desde ya, completamente diferente: la construcción del Estado nacional es un hecho tangible de las múltiples maneras en que el poder central avanza sobre las autonomías de las provincias, ya sea con políticas represivas o consensuales. Las bibliotecas populares formaron parte de este último tipo de estrategias, legitimadas ahora como

dispositivo legal. La normativa adoptada por aquel entonces generaba un modelo de gestación sustentado en las intervenciones de la sociedad civil. Como estímulo, el Estado brindaba una subvención igual al dinero recolectado por cada asociación y ofrecía tramitar la inversión de ambas contribuciones en libros, así como también hacer el envío del material sin costo adicional. La autonomía administrativa de las bibliotecas y la libre elección de las obras constituyeron una clave fundamental, no solo porque estas cualidades representaron un atractivo para las asociaciones, sino también porque el gobierno aligeró con ello las cargas presupuestarias en el área de instrucción pública mediante la delegación de funciones en las sociedades. La simplicidad del sistema, las gestiones de la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares y la buena recepción que tuvo la política alentaron un movimiento bibliotecario que superó las expectativas de los funcionarios: entre 1870 y 1875 las bibliotecas formaban parte del paisaje de un centenar de pueblos y ciudades de todo el territorio. Solo a partir de entonces amplios sectores de la sociedad tuvieron una manifestación material de la idea de biblioteca, pero de una manera radicalmente distinta a la forma en que había funcionado la Pública de Buenos Aires. Solo para referirnos a la transformación bibliotecológica, cabría consignar que las populares hicieron posible el préstamo domiciliario de libros, probablemente la innovación más radical en relación a la tradición imperante —y me animaría a decir que la última vista retrospectivamente—. El concepto de biblioteca no solo se modificó, sino que definitivamente pasó a integrar el imaginario social, es decir: el conjunto de valores, representaciones, sentimientos, sueños y deseos que las personas mantienen, consensúan y disputan acerca de cómo debe componerse una sociedad.

En el polo opuesto, entonces, a esta cristalización institucional y social que significó la biblioteca popular, la Biblioteca Pública de Buenos Aires entró en un proceso de redefinición que la asoció a la producción de la cultura científica y, por lo mismo, la alejó progresivamente de la noción de “pública” que manejamos en la actualidad. Resulta imprescindible observar que tras la conversión de la ciudad de Buenos Aires en Capital Federal y, en consecuencia, la nacionalización de la Biblioteca, la provincia de Buenos Aires buscó instituir en La Plata una nueva y poderosa metrópoli, a cuyos efectos destinó tiempo y recursos a la formación de una biblioteca que se hizo a semejanza de la institución perdida. Esto es: un establecimiento cuyas colecciones, horarios y público se encaminaron hacia la atención del conjunto de necesidades progresivamente crecientes generadas por la investigación científica (Dorta,

2017). De manera que, si ya existía entre los letrados de antaño una creencia en el concepto de biblioteca como realización social, ahora bajo el nuevo esquema de comprensión de la realidad que generó el positivismo finisecular, la biblioteca resignificó su estatuto y funcionalidad: de una manifestación simbólica como iluminación adquirió un sentido de engranaje en la reproducción de la cultura científica.

Las bibliotecas populares, desde sus propios planos de actuación, contribuyeron a la reproducción del esquema de interpretación social provisto por el positivismo. De manera que también vieron desplazado su sentido genético, aunque no lo abandonaron, esto es: se alejaron de su posición como instituciones puestas a democratizar el uso de los libros para constituirse como lugares de formación pedagógica de la sociedad. En el final del siglo, las denominadas bibliotecas obreras disputaron el público que le estaba conferido a las populares, pero siempre sobre la base de un acuerdo sólido: los lectores populares requerían de un acompañamiento inicial en el sinuoso mundo de la lectura.

2. La Producción del saber

Entonces, entre el último tercio del siglo XIX y la primera década del siglo XX tuvieron lugar las objetivaciones bibliotecarias fundamentales para la emergencia del campo. En este marco, también tuvo lugar, aunque de manera dispersa, la construcción del saber socialmente requerido para la organización de las bibliotecas. Y es esta construcción la que generó lo que podemos reconocer como efectos de campo, es decir: que ningún hecho u obra puede comprenderse de manera independiente a la producción de otros hechos y otras obras elaboradas sobre una doxa que ya es, entonces, una inmanencia.

El *Boletín de las Bibliotecas Populares* (1872-1875) es, con toda seguridad, un testimonio tangible del momento de radicación social de las bibliotecas. Con tan solo 6 números, esta fue la primera publicación periódica de bibliotecología del país. Su misión fue facilitar una didáctica para la creación y el funcionamiento de las bibliotecas. Los procedimientos utilizados en su confección no fueron los que de ordinario se emplean en la comunicación de la ciencia; tampoco el contenido de sus artículos promovió una reflexión teórica de la disciplina ni propició la circulación de resultados de investigación. Pero su producción cumplió con el nivel básico pero significativamente relevante desde el punto de vista sociocultural requerido para responder a la pregunta por el cómo de una biblioteca.

En la misma época las revistas de educación comenzaron a dedicarle algunas de sus páginas a la circulación de las ideas bibliotecarias. La disputa entre Sarmiento y Vicente Quesada a propósito del destino de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en 1877 explica, por la disidencia misma, la fijación de un objeto. Retrospectivamente no importa si Quesada justificaba o no con la publicación de *Bibliotecas Europeas y algunas de América Latina* (1877) el montaje de una institución que miraba hacia la cultura científica. Tampoco importa si Sarmiento acertaba con la idea de refundar el establecimiento y hacerlo público en el sentido norteamericano. Lo que resulta significativo es el movimiento cognoscitivo que propició, medible en la voluntad de fijar unos horizontes conceptuales.

Esta voluntad de brindarle inteligibilidad a un objeto se expandió, como quedó dicho, de manera progresiva y en relación a la producción objetiva de la biblioteca en lo social. Lo procedimental adquirió preponderancia en los textos sobre bibliotecas: entre las décadas de 1880 y 1910 proliferan las publicaciones que procuran brindar alguna respuesta a preguntas como: ¿de qué forma armar un catálogo? ¿Cómo ordenar los libros en el estante? ¿Qué sistemas de clasificación utilizar? ¿Cómo formar una colección? Luis Ricardo Fors (1900) desde la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires con sede en La Plata publicó, por ejemplo, unas instrucciones para ingresar los apellidos de los autores en el catálogo. Federico Birabén, desde la Universidad de Buenos Aires (cuya revista, dicho sea de paso, sirvió para canalizar durante largos años algunos de los trabajos del campo), introdujo el flamante sistema de Clasificación Decimal Universal (Suárez, 1980). Y en una perspectiva totalmente diferente, Paul Groussac confeccionó y publicó en 1895 el *Catálogo Metódico* de la Biblioteca Nacional. En el diario socialista *La Vanguardia* aparecieron varios artículos relacionados con el hacer de las bibliotecas (Sik, 2016a). Los anarquistas desde *La Protesta* también hicieron lo propio (Sik, 2016b). Una obra, sin embargo, me parece que debe destacarse entre todas como testimonio del efecto de campo que existía para 1910: se trata de la monografía que escribió Amador Lucero (1910) por encargo del ministerio de Educación: *Nuestras bibliotecas, desde 1810*. En ese entonces, para decir algo sobre el estado de las bibliotecas en el contexto del primer Centenario, el autor requirió decir algo de la tradición bibliotecaria en la argentina. Esto es: ninguna biblioteca u obra referida a las bibliotecas era independiente de un pasado hecho tradición, ni de un campo convertido en presente.

Balance

Resulta imprescindible despojarse de las definiciones contemporáneas sobre la bibliotecología para asir el pasado, puesto que los modos de producción del saber socialmente dado para la “disciplina” en cada época y sus dinámicas respectivas de circulación son diferentes. La bibliotecología y, más allá de ella, toda la gama plural de términos que buscaron identificar y estructurar un espacio de conocimiento distintivo, fue concebida desde el inicio del siglo XX como “ciencia de las bibliotecas”, según la expresión de Juan Túmbarus (1915). Es decir, sus autores fundamentales tuvieron una aspiración científica sobre la definición del objeto de estudio y la competencia bibliotecaria.

Con posterioridad a la formación del campo vendrán otras objetivaciones socialmente requeridas, como la profesionalización misma de los bibliotecarios en instituciones de formación organizadas y perdurables. No obstante, durante ese momento fundacional que significó el período comprendido entre el 1870 y 1910 tuvo lugar el encuentro de las condiciones ópticas y ontológicas de formación del campo bibliotecario. La propuesta que hasta aquí hemos descripto en términos de esquema interpretativo debería servir para emplazar un proyecto heurístico que hunda sus raíces en la historia de las bibliotecas y en la historia del saber sobre las bibliotecas. Una cosa y otra construyeron en el largo de los años un imaginario social sobre las bibliotecas y le asignaron en este contexto unas funciones singulares. Y estas funciones funjen, al mismo tiempo, como productoras de los sentidos que condicionan ese imaginario. De allí la importancia de recuperar el sentido histórico del campo que hoy compartimos.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (2002). *Algunas propiedades de los campos en Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- Dorta, A. (2017). *Espacios bibliotecarios de lectura: constitución y desarrollo de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires en La Plata (1884-1891)*. (Tesis de licenciatura). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, Argentina.
- Fors, L R. (1900). *Biblionomía. Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires*, (15-22).

- Groussac, P. (1967). *Historia de la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: [Biblioteca Nacional].
- Lucero, A. (1910). *Nuestras bibliotecas, desde 1810*. Buenos Aires: Coni.
- Parada, A. E. (2009). *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de mayo*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Planas, J. (2017). *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand.
- Quesada, V. (1877). *Las bibliotecas europeas y algunas de América Latina: con un Apéndice sobre el Archivo General de Indias en Sevilla, la Dirección de Hidrografía y la Biblioteca de la Real Académica de la Historia en Madrid*. Buenos Aires: Imprenta y Librerías de Mayo.
- Sik, E. (2016)a. "Ángel M. Giménez, "bibliotecarios". Apunte para una historia de las "bibliotecas obreras" en Argentina". Trabajo presentado en *II Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales Córdoba, Argentina.
- Sik, E. (2016)b. La creación de bibliotecas durante el apogeo del anarquismo argentino (1898-1905"). Trabajo presentado en *I Congreso Internacional de Investigadorxs sobre Anarquismo*, Buenos Aires.
- Suárez, R. J. (1980). Birabén, precursor de la clasificación decimal y de la enseñanza bibliotecaria. *Boletín Bibliotecológico de La Plata*, (1), 1-7.
- Túmburus, J. (1915). El bibliotecario práctico. Buenos Aires: *La Semana Médica*, 88.